

Reflexión sobre Gurumayi

Gurumayi me enseñó la alegría de ofrecer

por Janet Doble

Llegué al sendero de Siddha Yoga en 1990, cuando vivía en Hampshire, Inglaterra, con mi esposo y mi bebita. Desde el principio, sentí un gran amor por Gurumayi y por las enseñanzas y prácticas de Siddha Yoga. Deseando expresar mi gratitud de manera tangible, empecé a ofrecer *seva* arreglando flores en el áshram de Siddha Yoga en Liphook. Cada semana me deleitaba eligiendo flores para las *pujas* de todo el áshram, y mi confianza en el arreglo floral aumentó. Entonces llegó una de las más grandes celebraciones de Siddha Yoga en el año, Gurupúrnima, la festividad en que recordamos y agradecemos especialmente la gracia del Guru en nuestra vida. Ocurre en el tiempo de la luna llena más grande y luminosa del año, la luna de Gurupúrnima, cuyo resplandor simboliza la luz y la gracia perfectas del Guru.

Para esa ocasión yo quería que los arreglos de flores fueran excepcionales y reflejaran tanto lo significativo de ese día como mi amor por el Guru. Luego salió, de la nada, una vieja tendencia de dudar de mí misma. Me preocupaba que los arreglos no fueran suficientemente buenos. A pesar de que me decía que realmente no había necesidad de estar ansiosa, me fui a dormir en la víspera de la *seva*, sintiéndome muy agitada.

Esa noche tuve un sueño muy vívido en el que Gurumayi apareció y me dijo: “Haz lo mejor que puedas, ofrécelo con amor; y yo me encargaré de todo lo demás”.

Desperté sorprendida de que Gurumayi hubiera llegado a mí en un sueño, refiriéndose a mis preocupaciones de manera tan directa. Las palabras de

Gurumayi me dieron seguridad y confianza. Yo tenía que hacer mi parte, pero no estaba sola.

Cuando fui a comprar las flores, me sentí particularmente atraída por unas que me recordaron la luna llena, cuando sale y se pone: rosas y claveles que iban de los tonos más pálidos de dorado al naranja, el rosa y el rojo. Supe en mi corazón que estas eran las flores para ofrecer. Con las palabras de Gurumayi en mi mente, confié por completo en que su gracia apoyaría mis esfuerzos. Después pude entregarme a la alegría de arreglar las flores. Cuando finalmente levanté el gran florero con su arreglo para la sala de meditación, las flores se veían tan hermosas que quería gritar de gusto. Me sentí llena de amor, gratitud y asombro.

Este fue el comienzo de un gran cambio de perspectiva para mí. Gurumayi me había mostrado lo que era posible cuando yo soltaba las restricciones de ser el hacedor y la necesidad de controlar, y me permitía convertirme en un vehículo para la gracia. Había aprendido que cuando ofrecía mis acciones con amor, entonces, el amor mismo se convertía en mi experiencia.

Nutrida con esta experiencia, me sentí capaz, unos años después, de dar un paso adelante y apoyar a la comunidad local de Siddha Yoga para establecer un nuevo centro de meditación de Siddha Yoga. Ha sido una alegría ofrecer *seva* en el centro desde esa época. Cada semana, el momento en que todos los sevitas nos reunimos para invocar la gracia, cantando el *Shiva Manasa Puja*, es para mí un recordatorio de que nuestro papel como sevitas es hacer lo mejor que podamos y ofrecer nuestras acciones con amor. Después de invocar la gracia, cuando preparamos la sala para el satsang, me conmueve el cambio que ocurre. La quietud y la disponibilidad llenan la atmosfera y ésta se transforma en un espacio para la práctica espiritual.

A veces hay momentos que se sienten muy mágicos. Recuerdo que hace poco, una compañera de *seva* y yo pusimos los últimos toques a la *puja*, después de limpiar y preparar la sala de meditación. Dimos un paso atrás ante la *puja*,

donde acabábamos de colocar vasos con lindas flores primaverales junto a las fotos de Gurumayi, Baba y Bade Baba. Cuando el sol brilló por la ventana, el aire mismo de la sala parecía centellear. En ese momento, llenas de alegría, las dos levantamos las manos espontáneamente, al experimentar un instante puro de admiración y reconocimiento de un poder más profundo que estaba en acción. Era como si Gurumayi misma hubiera entrado en la sala y pudiéramos sentirla con nosotros.

En otras ocasiones, puedo estar ayudando a un orador a prepararse para hablar y juntos descubrimos un significado más profundo en la experiencia que quiere compartir en el *satsang*. Cuando su rostro se ilumina con la alegría de ese nuevo descubrimiento, yo también siento que mi corazón salta de deleite. Tales momentos de gracia compartida me tocan profundamente y dan lugar a una inmensa alegría y gratitud por todo lo que recibo en el sendero de Siddha Yoga.

En mi mente regreso a la enseñanza de Gurumayi una y otra vez: “Haz lo mejor que puedas y ofrécelo con amor; yo me encargaré de todo lo demás”.

Siempre hay algo nuevo que puedo aprender de esto y llevarlo a mi vida. Me permite considerar si estoy ofreciendo verdaderamente con amor. Por ejemplo, cuando la ansiedad empieza a surgir, o cuando noto una reticencia a delegar una tarea, sé que la actitud de hacedor se ha colado entre mis acciones. En tales momentos, hago una pausa, miro la fotografía de Gurumayi e internamente lo ofrezco todo. Este sencillo acto de volverme a Gurumayi, me permite dejar ir mis preocupaciones acerca de los resultados y me ayuda a confiar en su gracia. Luego soy libre una vez más para ofrecer *seva* con amor incondicionalmente.